

Sobre: *Contradegüellos*, de Francisco
Madariaga. Paraná: EDUNER, 2016.

✉ MARCELO DÍAZ / Universidad Nacional de Río Cuarto / marceloddiaz@hotmail.com

Ya es muy tarde para ser sólo de una provincia,
y muy temprano para pertenecer,
todo,
al planeta venidero y sangrante
resplandor.

FRANCISCO MADARIAGA

Canciones del aparecido

La poética de Francisco Madariaga articula voces y fábulas de la provincia hacia el interior de un paisaje compuesto por trenes, esteros, lagunas, tigres, gallos, caballos y palmares. La experiencia poética está en continuo movimiento como el recorrido de un tren: «A paladas silbatos./ El tren se encierra en sí al borde de los/ esteros nocturnos./ Su polvo ciudadano tiene miedo a la gran/ humedad de la tierra,/ al aire cálidamente eléctrico,/ a los cisnes del negro vapor nocturno de la/ herida del mundo» (168). Los trenes son una imagen que regresa permanentemente en la escritura de Madariaga, un puente, tal vez, para integrar en un mismo plano el universo interior, la subjetividad propia del poeta con el paisaje y los sonidos de fondo del Iberñaque descansan en el horizonte:

Uno de esos grandes trenes cargueros abrazados por/ las lonas, vomitando un celeste desequilibrio./ Un tren que se sepulta cuando ama los terrosos países,/ corre por las orillas del invierno en verano./ Esta jaula de gritos que arde y se entierra en las colinas/ con su propio valor de viajero cautivado por la vida,/ y sobre todo, arrasa como nosotros: arrollado/ en su espalda con sus gritos tristísimos. (198)

Las vías, y los horarios, de las estaciones dibujan un cuadrante en donde habita el yo y la voz del poeta. El sentimiento que persiste es el de la migración, el de habitar en el borde, o la orilla, como si la serie y la repetición infinita de

estaciones de ferrocarriles del interior de la provincia definieran los límites del mundo.

En la provincia los astros y las constelaciones se corresponden con las experiencias terrestres, leer el cielo implica leer nuestra propia subjetividad y narrar nuestro propio relato como contrapunto de lo que ocurre y sucede en la ciudad. En el poema «Cartas de invierno» una nave lanzada al espacio es lo más parecido a una imagen onírica antes que un logro de la técnica: «Cohetes a la luz de la luna, cohetes de la infancia, pero/ surgiendo de los pantanos, de los ojos de los gatos/ monteses hundidos/ en el agua./ ¿Qué sé yo de la ciudad?» (216). Hablar de cohetes, hablar del espacio, supone diagramar un puente con el plano terrenal. La lengua poética integra en un mismo tiempo de enunciación las experiencias del pasado, del presente, y del porvenir. E integra en una misma enunciación el paisaje que nos rodea de modo inmediato y cercano con el cosmos y la distancia estelar, lo que ya conocemos con aquello que apenas imaginamos que pueda existir. En este sentido el poeta inventa una lengua en la que él mismo se pueda narrar y pueda aparecer en el mundo e integrarse a lo real: «Y un poeta es aquel que vuelve siempre desesperado/ y hambriento a los poemas, a sus poemas con/ un rostro feroz de desterrado y de enamorado:/ el gesto más humanísimo y más sombrío, al mismo» (288). En la caligrafía del poema está contenida la voz de Madariaga, una voz ubicada en una zona de contacto de difícil acceso, en una suerte de exilio de la palabra donde los límites del sentido por momentos se vuelven borrosos. La escritura poética se homologa con la forma de la canción, cantar, escribir, son modos de la lengua que aquí funcionan de manera sincrética cuando no de manera sincronizada. En el poema «El ataúd de oro», los cantores ancestrales pueden ser los poetas que se encargan de conservar la materia original de nuestra lengua: «¿Y aquellos otros,/ que fueron ancestrales cantores,/ saldrán del fondo del agua/ reapareciendo,/ y espiando,/ como yo?» (426). La poesía tal vez esté compuesta sólo de epifanías, la aparición de un poema implica activar instrucciones de lectura hacia el pasado originario de las formas donde los sentidos de la escritura están intactos.

Del mismo modo que las canciones son poemas y los poemas se convierten en canciones el poeta encuentra un correlato en la voz de las hechiceras que narran y mantienen vivas las fábulas de la provincia. En el texto «Cartas a mi más antigua hada», el encuentro con esta figura señala el carácter casi sagrado del poema: «Un gaucho cabalga por el sueño brillante de un/ pajonal,/ cantando para una mariposa azul que vuela por/ la sabana,/ y sueña con el tiempo de mis primeras miradas/ a la siesta» (126). El poema aparece de la misma manera que se puede llevar a cabo una oración, un rezo o un conjuro. En «Será agua», por ejemplo, se enuncia:

Como los hilos que dejan enredados en/ los palmares las hadas junto al/ mar,/ la aparecida desapareció./ No es en un medio sólo solar,/ no es un medio sólo de agua,/ es también en la llamarada blanca del/ cielo/ donde se enciende el arenal./ Antes de morir durmió en los

brazos/ de una doncella bruja:/ ella le hizo transferencia del/ cantar./ Cante nomás,/ que será agua. (54)

Es una fábula en su dimensión sacra, no como ficción o invención mental, sino más bien como una realidad simbólica que acontece en el corazón de lo real y mantiene su resplandor cada vez que el poeta necesita de su luz.

Si hay una fábula que atraviesa la totalidad de los poemas reunidos también habrá animales representativos de la misma. La visión del poeta está presente en la mirada de los tigres y en el canto de los gallos:

Las sombras de mis ojos tienen agua de un/ árbol desterrado en un palmar,/ y camino aliándome con las señas de las ánimas/ vivas del dios infinitud./ Me detengo y observo el horizonte donde cantan/ gallos de oro que reclaman ¿qué? a ese/ dios. Soy uno de esos gallos, y mi reclamo le ha sido/ retransmitido por una radio del sol,/ pero aún es implacable para escucharme el dios/ de ese dios infinito. (18)

La significación simbólica de un animal en este caso puntualmente el gallo busca facilitar la explicación, por medio de analogías, de los motivos extraños, lejos del plano instrumental, de la poesía y se identifica con lo espiritual, lo humano y lo cósmico. La anunciación del canto del gallo es equivalente a la enunciación poética de Francisco Madariaga.

En fin... son los pantanos, los mágicos animales del llano, las caravanas de gauchos perdiéndose en el firmamento, rastreadores, jinetes, las hechiceras con sus vocablos intraducibles, las canciones nocturnas de los boliches de provincia, rieles y ferrocarriles que regresan una y otra vez para reafirmar una geografía imaginaria de una resonancia visual que define la condición del poeta por su apego e identificación con esos mismos espacios y constelaciones.

Bibliografía

ELÍADE, MIRCEA (1991). *Mito y realidad*. Barcelona: Labor.

CIRLOT, JUAN EDUARDO (2006). *Diccionarios de Símbolos*. Madrid: Siruela.